

PEDRO.

Eso no es adivinanza.

ANA.

Tienes razon no lo es.

PEDRO.

Para qué quitarle, pues,
su más hermosa esperanza!
¿Por qué robarle en un día
sus ilusiones más bellas,
por qué apagar las estrellas
del cielo de su alegría?
Si cuando tanto me amabas
enamorada de mí,
y enamorado de tí
venturosa te juzgabas. . . .
tu santa madre que en paz
repose. . . . te hubiera dicho,
engañosa y pertinaz
y acaso por un capricho
que tu rompieras los lazos
de nuestros tiernos amores,
como quien coje unas flores
y las deshoja en pedazos,
como quien quiebra un cristal
delgado, robusto ó hueco,
como el que rompe un muñeco
de mezquino material.
(¿No te parezco elocuente?) [A Soledad.]
(A Ana.)
Qué del maternal mandato
por adusto y por ingrato,

juzgado hubiera tu mente?
Pensado habría tu anhelo,
qué era un juguete el amor,
frágil cristal, pobre flor,
ó cosa así que en el suelo
rodar pudiera hecho trizas,
como ruedan los guijarros,
las puntas de mis cigarros
ó el polvo de sus cenizas?

ANA.

[Con sorpresa.]

¡Calle! ¡Pedro! ¿Eres tú el mismo?

PEDRO.

Desconoces mi persona?
Pues tienes razon. perdona
ese trozo de lirismo,
valiente, ideal, eufónico
digno de un bardo, un poeta.
y hablemos, si eso te inquieta,
lenguaje rudo y lacónico.
Pues á qué se amen te opones
Soledad y ese muchacho,
si yo de nada le tacho
díme qué pero le pones?
A tu buen juicio lo fio.
¿No es jóven, robusto, ardiente?
¿No es de origen tan decente
como el tuyo y como el mío?

ANA.

Es verdad.

PEDRO.

¿No es caballero?

ANA.

¡Quien puede dudarlo!

PEDRO.

¡Pues!

¿No es modesto?

ANA.

Sí.

PEDRO.

No es

un distinguido ingeniero?

Y no tiene, por ser tal

su conducta honrada y pura,

posicion que le asegura

fama y valer y caudal?

¿Exagero? ¿No es así?

ANA.

Todo es verdad.

PEDRO.

Y si es justa

mi apreciacion y me gusta,

¿por qué no te gusta á ti?

¿Por qué te parece malo?

Y, aunque sea una bobada,

para que no falte nada

hasta es buen mozo Gonzalo!

(*Mirando á Soledad.*)

ANA.

¡Todo! Pero es natural

que una madre.

PEDRO.

Sí, no quiera

que su hija se case.

ANA.

Espera. ...

PEDRO.

Egoísmo maternal.

ANA.

Pero es que no me escuchas.

PEDRO.

(*Se levanta y poniéndose del lado de Soledad, se exalta de manera nerviosa y se fatiga hasta el final de la escena.*)

Es que conozco muy bien

ese eterno *ten con ten*

de las maternas luchas.

Oponerse. . . pensar mal,

haya ó no haya razon,

siendo así que el corazon

tiene su ley natural,

y la tiene en la mujer

más exigente, más franca.

En la mujer no se arranca

una pasion con querer,

no más con la voluntad,

no más porque le conviene.

¿La estás viendo? pues no tiene
albedrío Soledad.

Persigue un ideal. persigue,

y es perseguida. No hay fuerza

que ya su destino tuerza;

va empujada y ella sigue.
y aunque la tormenta ruja,
y aunque se corte el sendero,
y aunque ella diga "no quiero"
contra ese ignoto que empuja,
aunque se empeñe en luchar,
si es que en ello lucha cabe,
el corazón sólo sabe
emanciparse y amar!

ANA.

Pálido estás, demudado;
La exaltación te arrebató....

PEDRO.

Pues de Soledad se trata
¡cómo no estar exaltado!
He de ver con sangre fría
que sufra y se desespere?

SOLEDAD.

Padre..... te enfermas.... prefieres....

PEDRO.

Nada temas, hija mía.
(A Ana.)

Ahora dame otra razón,
dámela te digo, Ana....
(Con energía.)

No quiero volver mañana
sobre esta conversación.

Dales á tus ideas suelta,
no las guardes ni un instante,
y cuestión tan importante
hoy mismo quede resuelta!

ANA.

Pues bien, Gonzalo le lleva
á Soledad pocos años.....
Dos á lo más..... ¡Cuántos daños.....
La práctica lo comprueba,
la observación ¡cuántos males
acarrea en la existencia
esa corta diferencia
de la edad.....

PEDRO.

(Con ligera ironía.)

¿Sí?

ANA.

Casos tales

he visto yo, y tú también.....

La mujer, por más esclava
del hogar, pronto se acaba.....

Una excepción entre cien
podrá haber.... El hombre crece

en vigor, en fuerza medra,
la mujer, la débil yedra,

á su sombra desmerece.....
Cada día él sube más,

ella baja..... En conclusión,
viene la desilusión.....

Pedro..... ¿me lo negarás?

PEDRO.

No lo niego. No me salgo
de lo racional ni un punto;

confieso que en este asunto
de las edades, hay algo

que no está fuera de quicio;
pero es un inconveniente,
¡eso solo! francamente
ni es un defecto, ni un vicio.

ANA.

Y ¿no ha de tomarse en cuenta?

PEDRO.

Por sí solo, no señor.
Fútil..... de poco valor
Tal parece que se inventa
porque no hay otro motivo.....
Motivo más ostensible.

ANA.

Al menos es discutible.

PEDRO.

Pues la discusión esquivo,
y si otra cosa no alegas.....

ANA.

(Con firmeza.)
Juzgo ese punto bastante
para seguir adelante
mi resolución.....

PEDRO.

(Exaltado.)

Te niegas
¿a darme otra causa?

ANA.

No.

Tu calma, Pedro, recobra;
pero esa causa me sobra,
basta que lo crea yo,

para ejercer un derecho
sobre mi hija!

PEDRO.

No lo dudo;
mas en mí tendrá un escudo
apoyándose en mi pecho.
(Abrazando á Soledad.)
Se casará.

ANA.

No será.
Y me humilla tu altivez.

PEDRO.

¡Será por primera vez!
Pero ella se casará!

ANA.

Me faltas.

PEDRO.

Tú no me faltes.
Yo lo quiero, Ana, y espero.....

ANA.

Pues ya he dicho que no quiero.

PEDRO.

¡Yo sí!

SOLEDAD.

(Suplicante.)

Madre! (á Pedro) No te exaltes!
(Un momento de pausa. D. Pedro apoyado en su hija, respira difícilmente en medio de un acceso de sofocación.)

ESCENA VI.

Dichos, EL DOCTOR.

DOCTOR.

Buenas noches.....

PEDRO.

¡Mi doctor!

Buenas noches. ¡Ah qué flemal!

Qué cachaza!

DOCTOR

¿Pues qué tienes?

PEDRO.

Que me ahogo! y que no llegas!

DOCTOR.

¿Has tenido algun disgusto?

PEDRO.

¡No!

SOLEDAZ.

Sí tal.

ANA.

Cosa ligera.

PEDRO.

Contrariedades de diario;
pero no vale la pena.....

Ya sabes tú lo que son
las tempestades domésticas,
cuando es el hogar como éste:
nubecillas veraniegas!

Tómame el pulso, doctor,
y dime cómo lo encuentras.

ANA.

(Al doctor.)

Está bien?

SOLEDAZ.

¿No tiene nada?

DOCTOR.

Sí, muy frecuente.....

PEDRO.

Friolera.....

cuando ménos ciento veinte

y lo normal es ochenta.....

¿Intermitente?

DOCTOR.

No tal.

Muy rítmico.

PEDRO.

Qué simpleza

de preguntarte. ¡Imposible

que la verdad me dijeras!

DOCTOR.

Vé á acostarte, á reposar

y toma las gotas nuevas.....

PEDRO.

¿Nuevas?... no sé en qué consiste

lo nuevo de tu receta.

La leí... es lo de siempre.

Si tú otra cosa no encuentras....

Digital.

DOCTOR.

Tiene otra cosa

que no entendiste.

PEDRO.

De veras

ya lo recuerdo . . . es el caso
que me alivian, me consuelan.
Ya me voy . . . Pero antes quiero,
y Ana también te lo ruega,
y Soledad, que me digas
qué tengo, y que no me mientas.
Estoy resuelto á emprender
ese viaje que me ordenas,
mas . . . con esta condicion:
que ántes de marcharme sepa
qué es esto que tengo aquí,
(Señalando el corazón.)
cómo se llama esta fiera,
esta serpiente con garras,
este tigre con aletas
que me muerde, que me tira,
que se rinde y que despierta,
que mantiene mi zozobra
y que vivir no me deja.

DOCTOR.

(Con gravedad.)

Pues mira . . .

PEDRO.

(Interrumpiéndole con susto.)
No, no lo digas,
no tal, por lo que más quieras,
porque así de sopetón,
una palabra funesta
me mataría de susto.

¿Sabes qué me ocurre? Espera . . .

Sí . . . en un papel escribes
el nombre fatal . . . lo encierras
en un sobre . . . y se lo das
á Ana . . . que ella lo lea . . .
y Ana, poquito á poco,
sin que de ello me dé cuenta,
me lo va diciendo . . . á tragos,
¡ay! porque así de sorpresa
me caigo muerto . . . seguro.

DOCTOR.

¡Ah! Pedro, cómo exageras!

PEDRO.

¿Conque exagero? Ven tú,
(A Soledad.)

vente conmigo á mi pieza.

DOCTOR.

A tomar las gotas

PEDRO.

Sí.

Ya estoy, doctor, en cuarenta!

DOCTOR.

Nada importa . . . sigue . . . sigue.

PEDRO.

Pues adios . . . mira si dejas
de venir mañana, y cuida,
porque tanto me interesa,
de no olvidar el diagnóstico.
¿Lo oyes? Bajo una cubierta.

DOCTOR.
Miéntras Pedro atraviesa la escena con su hija, le dice:
¿Bajo una cubierta? bueno.
El diagnóstico! No temas.

ESCENA VII.
EL DOCTOR.—ANA.

DOCTOR.
(Cambiano de semblante y tomando su sombrero para retirarse).
A los pies de usted, señora.
(Saludando y dirigiéndose al fondo.)
Señora, á los pies de usted. *[Más alto.]*

ANA.
(Haciendo un esfuerzo y con mucha sequedad.)
Hágame usted la merced
de no retirarse ahora.

DOCTOR.
Es extraño, en cuanto cabe
la extrañeza. *[Baja al proscenio.]*

ANA.
Es la verdad;
pero la necesidad.....

DOCTOR.
Algún asunto.....

ANA.
Muy grave.
Permítame usted que venza

la dificultad que arrostró. *(Pausa ligera.)*
[Aparte.]

Siento que la sangre al rostro
se me sube de vergüenza!

DOCTOR.
Hable usted.

ANA.
(Después de volver la vista á todos lados.)

Bien.... Nuestro hijo
y Soledad.....

DOCTOR.
(Comprendiendo sorprendido.)

¡Y es verdad!

ANA.
¡Gonzalo ama á Soledad!

DOCTOR.
A usted, señora le exijo
que de ello cuentas me rinda.
¡Usted lo debió prever!
¡Tenía que suceder!
Jóven él..... ella tan linda!
Y no hay nada que la excuse
que á tiempo se lo advertí.
No hizo vd. caso de mí.....
Bastantes años me opuse
á que Gonzalo viniera
á esta casa..... Usted lo quiso
y era natural, preciso
que el hecho sobreviniera!
Qué remedio..... buenas noches.

ANA.

No se irá usted, caballero,
sin escucharme primero.
No es la ocasión de reproches,
que de serlo, es evidente
que al dar este triste paso,
se alzaría en todo caso
sobre la de usted mi frente.
Largos años he vivido
bajo el peso de esta pena
que mi existencia envenena.....
¡que ni un sólo instante olvido!
Si el amor que tanto abarca
duelo y dichas juntamente,
marcado hubiera mi frente
como tantas otras marca,
mi angustia consolaría
con el recuerdo siquiera
de un placer que me trajera
locas venturas de un día!
Pero usted sabe de sobra,
señor, que no ha sido así;
que la infamia que hay en mi
es obra de usted: es obra
de usted solo!

DOCTOR.

(Mirando receloso á todos lados.)

Usted no advierte,

Señora....

ANA.

Yo advierto que hoy,

que ea tal situacion estoy,
me entrega usted á mi suerte.

DOCTOR.

Diga usted.

ANA.

Es necesario

que no se vuelvan á ver.

DOCTOR.

Pero cómo puede ser.....

¡Es el caso extraordinario!

¿Cómo supo usted?.....

ANA.

Por ella.

Hoy mismo.....

DOCTOR.

Y al sospechar.....

ANA.

Ni lo pude imaginar.

DOCTOR.

Desdichados!

ANA.

Negra estrellal

Usted lo podrá impedir.

DOCTOR.

No imagino de qué suerte.

El es sostenido y fuerte
de carácter..... Conseguir
de Soledad se podría.....

ANA.

No es fácil, ya lo intenté.....

Hartos recursos probé.....

¡Y ya Pedro lo sabía!
El los apoya á los dos!.....
Mas nosotros no podemos.....
—¡Impedir, señor, debemos
Amor que maldice Dios!
—Ya mañana al medio día
será el viaje.

DOCTOR.

Bien pensado.

ANA.

Pero él está preparado
á seguirnos.

DOCTOR.

No podría.

ANA.

Gonzalo está decidido
á acompañarnos, lo sé.

DOCTOR.

De impedirlo trataré.

ANA.

A otra cosa..... Le he pedido
(Muy marcado.)

á usted há tiempo una carta.....
y es natural que me inquiete,
porque ella me compromete.
La quiero ántes de que parta.

DOCTOR.

Muy bien..... mañana temprano.
A no ser que usted prefiera
que la destruya.

ANA.

Quisiera

ántes tenerla en mi mano.

(Llaman á la puerta del zaguan con tres golpes.)

Oigo llamar..... él es, sí,
¡Gonzalo!—Vea usted lo que hace
para romper ese enlace.....

—¡Que á verla no vuelva aquí!

—Calme vd. estos temores

(Suplicante.)

espantosos que me asedian.....

Hay cosas que se remedian.....

(Con desesperacion.)

¡Son imposibles amores!

¡Pobre Gonzalo!..... infeliz!

(Se repiten los tres golpes á la puerta.)

Valor. (Al doctor.)

¡Y llorar..... llorar!

(Váse precipitadamente.)

DOCTOR.

¡Vuelve á abrir, vuelve á sangrar
la rebelde cicatriz!

(Cae anonadado en un sillón, cubriéndose
el rostro con las manos. Al decir el doctor
la palabra "vuelve á abrir," Soledad, que
se supone ha oído los golpes, sale del de-
partamento de D. Pedro, atraviesa la es-

cena y se apoya en el marco de la puerta del fondo, como esperando á Gonzalo que aparece en esa misma puerta en el momento de caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.—Es de día.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR.—[Despues FRANCISCO.]

DOCTOR.

(Entra por el fondo y vuelve en torno la vista buscando á alguien.)

Parece que en esta casa

aún están todos dormidos.....

Y es tarde, hay mucho quehacer.....

¡Tengo tantos compromisos!

(Alzando la voz.)

¡Buenos días! qué ¿no hay nadie?

Sí..... creo haber percibido